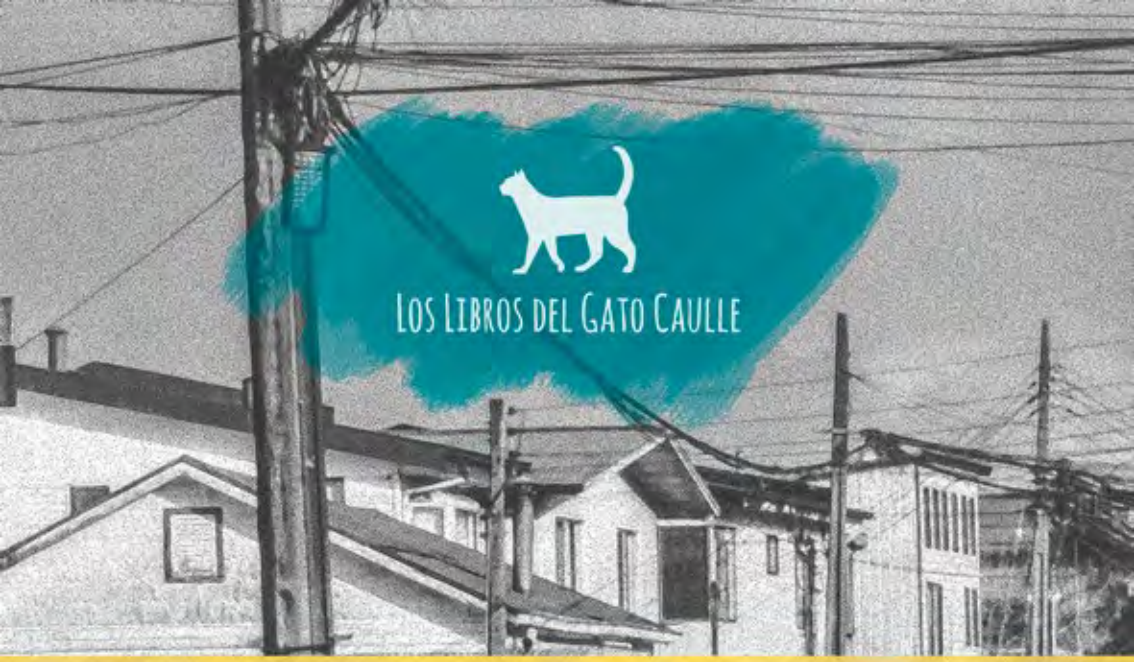


Los Libros del Gato Caulle

En Valdivia no llueve.

Selección de relatos. Convocatoria 2017

Editorial

El único requisito para participar de este concurso de relatos referidos a Valdivia fue NO mencionar la palabra "lluvia" ni ninguno de sus sinónimos ¿Por qué? Solamente como juego, como pie forzado, pues en la ciudad de Chile donde más llueve es casi imposible no encontrar, en cualquiera de sus manifestaciones artísticas, el uso -o abuso- de dicha palabra.

"En el cielo del Calle-Calle se está bañando el sol", es el nombre del relato elegido unánimemente como ganador. En él Jenifer, de 27 años y residente en Valdivia, entendió el juego mejor que nosotros, los organizadores, y describe un genial escenario donde ni la lluvia ni ninguno de sus sinónimos son mencionados pero parecieran estar presentes sin necesidad de las palabras.

Recibimos 57 relatos provenientes de Valdivia, Niebla, Corral, Paillaco, La Unión, Riñihue, Río Bueno, Futrono, Concepción, Coyhaique y Santiago. 57 relatos escritos por jóvenes de 15 años y no tan jóvenes de 65. Relatos que nos hablaron de sueños, miedos, romances, búsquedas. Todos estos relatos nos dejan muy conformes como organizadores de esta primera versión del concurso, hecho así, sin más, con las puras ganas y unos cuantos libros para motivar.

Con las mismas ganas hicimos esta revista para que todas y todos puedan acceder a estos relatos.

A continuación los invitamos, por unos minutos, a olvidarse de todo y leer.

Nada más que eso: leer.

LOS LIBROS DEL GATO CAULLE

Organizadores: Diego Corvera, Boris Farías

Diseño: Ronald Javet / ronatan.com

Cuentistas: Jenifer Novoa, Daniel Muñoz, Diequ Alri, Felipe Álvarez, Ricardo Torres, Pedro Chadicadi, Paula Sayago, Jack Elkyon, Cristian Arriagada y Carolina Carrillo.

Impreso con apoyo de DigitalCopy Valdivia

Los libros del Gato Caulle
Comunidad literaria en Valdivia y el sur de Chile.

Venta de libros en nuestro catálogo online, entregas gratis a Valdivia y por correo a todo Chile.

Nueva narrativa, literatura infantil y divulgación científica.

Facebook - Los libros del Gato Caulle
Instagram - Gato Caulle
Youtube - Gato Caulle
Correo - libroscaulle@gmail.com

Índice

Primer Lugar

Jenifer Novoa
“En el cielo del Calle-Calle se está bañando el sol”

Menciones honrosas

Daniel Muñoz
“La angustia de desaparecer”

Diequ Alri
“La Palabra”

Felipe Álvarez
“Perdida”

Finalistas

Ricardo Torres
“Bajo un puente”

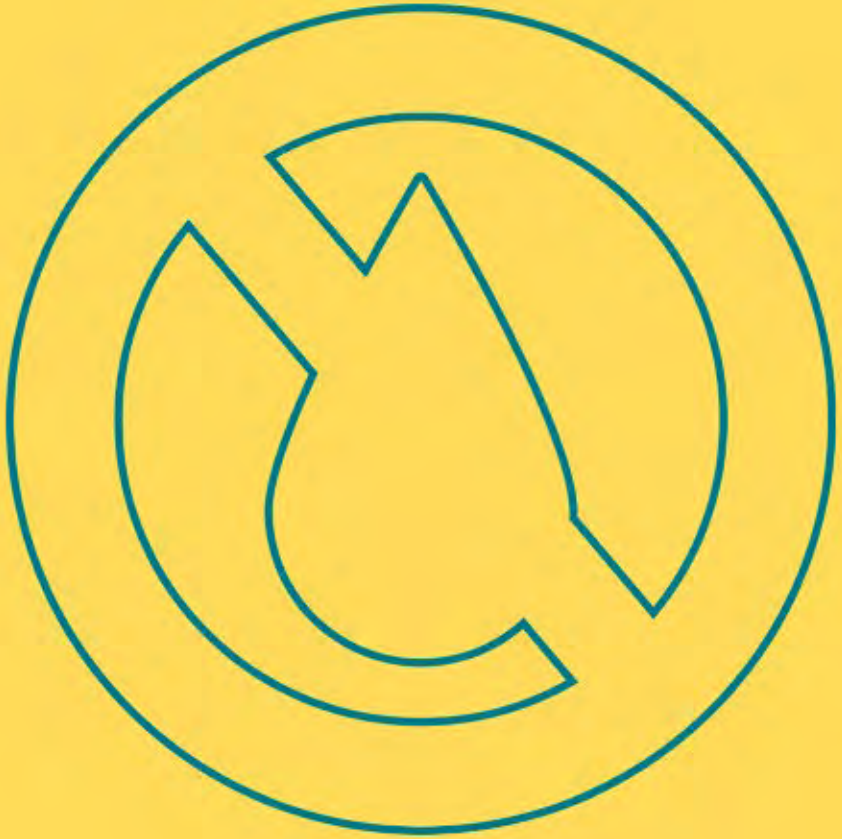
Pedro Chadicadi
“Sembrar un pelo de gato”

Paula Sayago
“Bandurria Parlanchín

Jack Elkyon
“Cambio climático”

Cristian Arriagada
“El péndulo”

Carolina Carrillo
“La venganza”



Primer Lugar

En el cielo del Calle-Calle se está bañando el Sol

Jenifer Novoa
27 años, Valdivia.

En el cielo del Calle-Calle se está bañando el sol

La niebla crea ilusiones de encuentros. Intersecciones sorpresivas entre calles dameras. Esperanzadoras. Facilitadoras.

Ella lo espera.

Lo ansía expectante cerca de un torreón una mañana acuarelada de junio. Una historia de amor estacional. Los colores de la naturaleza intensifican la espera sabiéndose intuitivamente acompañada. Las luces intermitentes de los autos dan una leve sensación de mareo matinal ¡Si tan solo él fuese consciente de lo blanco de sus mejillas! Pero no lo es, no es consciente de nada o ¿simplemente ella no lo sabe y él le está haciendo una jugarreta? La deja esperando sin salir a su encuentro en ese paradero de General Lagos. La deja esperando sin equidades, sin empatía ni una pizca de compasión. Tras unos minutos aparece dibujado sin su color habitual. Insalubre, gris, desteñido. Ella tiene el privilegio de observarlo de frente como en pocas ocasiones y le impacta enfrentarse a él sin el velo de la costumbre dolorosa. Es una sensación agridulce. Podría confundirlo con su amante nocturna por la palidez de su semblante. En el cielo del Calle-Calle se está bañando el sol…desnudo, con la espuma nubosa, sin la jubilosa melodía. Y su talante, ¡retratable! ¡de-sol-ador!

-Un shock de cordura.

La liebre cálida hacia (Av.) Arica espera frente a ella.

Quizás en unos minutos él recupere su corona.

Su majestuosa/ dolorosa/ amorosa vestidura.

Mención Honrosa

La angustia de desaparecer

Daniel Muñoz
25 años, Valdivia.

La angustia de desaparecer

Sujetando unos cables de luminaria, el joven resbaló del pequeño andamio que estaba atado con algunos pernos y tornillos hilados. Resbaló desde el puente más alto de la ciudadela conocida como la "Perla Gris y Turbia". El río que esperaba al joven era vasto, profundo, frío y traidor. Aquel río sin nombre solían llamarlo "El Cruce de los Engaños" o como "La curva del molino". Bastaba lanzar una moneda desde la vereda del puente y contar los segundos que tardaba en caer para poder asimilar la crueldad del tiempo en el insólito y reducido espacio de la curva de aguas.

El joven caía lentamente, aturdido por la escarcha matutina. Alzaba y estiraba sus brazos para poder alcanzar la mirada de su compañero el cual estaba inundado por el vértigo y la sorpresa de no poder hacer nada. Descendía en forma lenta mientras gritaba, esperando en todo momento caer y nadar hasta la orilla. El río, por su parte, parecía un cuerpo de agua inmóvil, inofensivo y de aparente ternura. No obstante, todos en esa ciudad saben que la persona que llega a tocar esa agua puede desaparecer para nunca más ser encontrado.

En la mitad del abismo, la niebla grumosa de las siete de la mañana nubló el tiempo y espacio del joven gélido sin alas. En ese segundo era un fósil húmedo y sin aire que repartía aquellos tres segundos en más de treinta años de vivencia solitaria, sin decir cuánto amaba a sus padres; con más penas que glorias. Años de mala educación y escasas posibilidades de ser lo que alguna vez dijo a su padre que sería. Demasiado tiempo caminando en una ciudad tan pequeña y contaminada como para poder olvidar sus palabras .El joven pensaba que no ha vivido para estar en ese lugar ni momento, sin embargo el brazo del río lo recibe y le enseña su anhelada porción de patria.

Al igual que las monedas tardan al caer, intentando cumplir tantos deseos en el aire, el joven impactó finalmente contra la pared vertical de agua, sin ningún deseo que quiera cumplir. Ese hombre desapareció aquella mañana, tal como la gente de aquella ciudad solía decir, sin decirle nada a nadie.

Mención Honrosa

La Palabra

Diequ Alri
23 años, Valdivia.

La Palabra

Tras encontrarme a Zúñiga después de su breve estadía en Valdivia, me bastó una conversación con él para darme cuenta de que estaba contagiado. En la ciudad se había esparcido el uso indiscriminado de una palabra que tenía infestada a toda la población valdiviana con su ridícula pero pegadiza armonía.

A Zúñiga, la palabra se le había pegado en la lengua como un parásito y la dejaba escapar cada vez que podía, como un niño al que recién se le ha enseñado una grosería y la socializa abiertamente para diversión de los adultos. Disfrutaba modularla, articularla dentro de su boca con la destreza que la acción amerita, enrollando la lengua bajo el paladar y dejándola escapar entre sus dientes. Junto al soplo afloraba una palabra exótica a los oídos de quien, en su sensatez, comprende las formas en que se degenera el lenguaje a causa de una enfermedad de transmisión oral y escrita.

Y allí estábamos, todos los hombres del pueblo en la casa de Zúñiga, tratando de darle solución a su enfermedad. Hay que echarle siete gotitas de vinagre de manzana en la lengua, indicó el almacenero. No, hay que untarle la lengua con absenta, contestó el cantinero. No señor, hay que embarrarle la lengua en estiércol, dijo el granjero. Hay que restregarle una lija por la lengua, añadió el carpintero. No caballeros, lo que tenemos que hacer es quemarle la lengua en una fragua, sentenció el herrero. No seas bruto, agregó el carnicero, lo que hay que hacer es cortarle la lengua de raíz.

Zúñiga estaba pálido. Mientras los hombres discutían, su rostro sufría la transición de rojo a púrpura, de púrpura a amarillo y de amarillo a blanco. Ojeroso, quiso expresar algo, tal vez la palabra enferma traída desde la urbe. Se llevó las manos al vientre y vomitó, dejando caer sobre la alfombra una mezcla de fluidos en los que se retorcía, como recién arrojado al mundo, el cuerpo escuálido de una palabra esdrújula.

Mención Honrosa

Felipe Álvarez
26 años, Valdivia.

Perdida

La brisa del río se detenía a acariciar su cuerpo desnudo y lentamente besaba cada centímetro de su piel azulada. Dejaba que los fríos dedos del pasto se prendieran a ella lentamente y que el lodo y las hojas marchitas la cubrieran.

Se encontraba tendida sobre hierba y fango, tan inmersa en medio de la naturaleza que el viento pudo haberla arrastrado y la tierra pudo haberla llevado dentro de sus fauces aún sin su consentimiento. Estaba tan perdida entre el sonido de los árboles danzantes y los pasos estrepitosos del río que el aroma de su cuerpo era consumido por un profundo olor vegetal y no lo hubiese notado jamás.

El tiempo transcurría, pero ella no tenía prisa, y pronto el negro de la noche se hizo destellos de luz entre las nubes grises. Una impetuosa corriente se entremezcló con ella llevándose las ramas inertes que la cubrían. Su rostro impávido parecía contemplar el sol que se escabullía y reaparecía inquieto en el cielo.

Había formado un solo ser con la tierra y parecía que ninguna otra cosa en el universo era más importante que aquello. Finalmente había regresado a la cuna de la que provino y sólo la tierra supo de ella desde la última noche de octubre.

Cuando encontraron su cuerpo junto al Calle Calle, la sangre que cubría su cabeza se había transformado en agua de río, las marcas de su cuello eran un adorno de flores, su aliento ahogado soplaba por todo el campus y su aroma era el de la primavera que impregnaba el aire de toda Valdivia.

Finalista

Bajo un puente

Ricardo Torres
20 años, Santiago.

Bajo un puente

Todas las mañanas Alguien despierta con la decepción de no hallar la mirada opacada por la muerte. Se descubre inhalando las astillas de escarcha que se esparcen por las calles del Valdivia olvidado, y Alguien sufre. Piensa en la vieja que en quince minutos más abandonará su cálido sueño para volver a la gélida realidad. Esa que ni las frazadas ni el té de cáscara de limón logran combatir. Y es que en ese Valdivia la vida sólo existe en sueños; el resto es un cuento que nadie debiera escribir. Pero Alguien lo escribe y por eso ansía el fin.

Finalista

Sembrar un pelo de gato

Pedro Chadicadi
23 años, Niebla.

Para sembrar un pelo de gato, debe de realizar el procedimiento en Niebla de Chile:

Existen varias formas, cuáles podría seguir según su comodidad y alcance. No existe una manera exacta de sembrar. Los resultados no siempre son los mismos.

Primero, prepare bien su piel, lubricando con agua y jabón, si acaso desea sembrar un pelo en su rostro. Se recomienda afeitar barba y bigote; en caso de mujeres, cortar su cabello desde las raíces, pero dejar patillas. Si su ambición es grande, y prefiere en el cuero cabelludo, aunque su tiempo es mayor, corte (rape) solo la zona elegida habilitando la fertilidad pura del cráneo, nutriéndose de fluidos cerebrales. Ahora, si desea experimentar, haga desaparecer cejas y pestañas, aun no se han probado esas técnicas como para recomendarles esta opción. Sembrar en las narinas trae estupendos resultados: belleza y protección, sobretodo protección de enfermedades ventilatorias, quizás cutáneas, (lo anterior puede ser una aclaración algo exagerada y fuera de lugar) pero, principalmente defensas ante un resfrío.

Segundo, los siguientes procedimientos han sido realizados por un experto, quien recalca que este oficio puede llevarse a cabo manteniendo un grado de valentía y sin olvidar el punto clave, en Niebla de Chile. Coloque tierra en cualquier objeto apto para sembrar: una botella, una olla, un reloj, un televisor, una ampolleta, un sillón, un neumático, un zapato, todo objeto incapaz de levantarse y marcharse. Los objetos más naturales retrasan el crecimiento del pelo en cuestión: un cráneo, una boca con o sin lengua, un pollo horneado, un ratón, un elefante, un pejerrey, una palta. Otras cosas que, por ningún motivo, si lo ha pensado mientras lee esta estrofa, no deben utilizarse para sembrar un pelo de gato: un libro, la cama y el mismo gato.

Tercero, y último, si desea sembrar y alimentar a su familia, será estrictamente necesario detener todo lo anterior. Los consejos descritos en los párrafos solo se han realizado para una persona. En casos de siembras más grandes, siembre en una tina. Debe de regar tres veces al día con la orina del gato. Cada integrante cantará una canción por día, y ducharse en la misma tina, mientras el pelo debe guardarse en una botella de aceite. El agua potable puede desintegrarlo. Importante, se debe restringir el uso de la luz artificial: haga sus necesidades a oscuras. Por si quiere conocer los resultados de una siembra familiar, el mes aconsejable es diciembre. Si es siembra personal, cualquier mes, menos diciembre.

Cuando note que el pelo de gato ya sigue al sol, crecido tanto como la persona iniciadora del proceso, coseche y vuelva a sembrar la raíz. Aliméntese, y alimente a su familia.

Queda sujeto a cada científico que lee este texto su integridad y la responsabilidad colectiva. El observador y escritor de estos consejos realizó estos estudios mientras veía un pelo en el vidrio de sus lentes. Ante el primer maullido reúnase con otros para festejar los frutos. Ame y observe la luna. Abríguese durante los primeros cinco minutos, después no será necesario, su pelaje ayudará. Las garras serán útiles. La necesidad de lamer es una habilidad adquirida, resista todas las tentaciones de higiene.

Si todo esto no resulta, repita el procedimiento. Hable con un gato y consulte su secreto: el hermoso silencio saltando a la ventana.

Finalista

Bandurria parlanchín

Paula Sayago
37 años, Valdivia.

Bandurria parlanchín

Había un pájaro que gritaba y gritaba y alardeaba desde el cielo y seguía haciéndolo desde el suelo. Buscaba picando las raíces de los árboles una llave que lo haría entrar en una de las casas chuecas de Valdivia. Esas casas con olor a bosque, de techos altos que nunca se temperan, pisos donde se derramo el vino y las ideas. Ahí en ese pasaje a esa hora en que todos los caños silbaban el humo, y todo se cubria de neblina, Lo esperaba Raquel, una anciana postrada en su cama helada de lavandas secas.

El pajarraco como ella le decía, llegaba siempre a la misma hora y golpeaba con el pico la ventana. Con ese ruido ella sabía que se estaba haciendo de noche y tragaba un sorbo de dulce de violeta, lo deshacía en su bolsillo y penosamente intentaba con el polvo que quedaba en sus dedos, llevarlo a la boca.

Ya llego este pajarraco a gritar desaforado, si pudiera caminar lo corretiaría con la escoba hasta el río. El pájaro solo quería entrar a la casa, a esas paredes tan cercanas, donde fue feliz. Allí había nacido, la casa parecía abandonada, pero ahí estaba conviviendo y dialogando continuamente con el tiempo, había sido reparado el techo que se voló de cuajo, cambiado los vidrios de las ventanas ajadas por donde se colaba el aire. Ahora solo contenia un pasado. Solo quedaba en ella Raquel haciéndole frente a los días, posando las horas, que como arreboles, cambiaban con su luz cada detalle. Raquel vivia gracias a la bondad de una vecina, igual de vieja que ella, pero menos a maltraer con los años, Marta siempre le ayudaba, antes de irse sagradamente se tomaban una copita de murtao y compartian el silencio, salvo por los alaridos desesperados del pájaro que ahí esperaba.

El pájaro se dio cuenta que por más que gritara, escarbara, y se destrozara, nunca encontraría la llave entro en desespero, golpeándose contra el vidrio, haciéndose daño, decidió entonces, lanzarse en picada por la chimenea.
Una vez dentro y con las alas rotas, fue arrastrándose a la cama donde descansaba la mujer, se inclinó y abatido se dejo caer en sus brazos, ella lo miro, lo acurruco, le canto y le abrazo consolándolo. Entre sueño y delirio Raquel le dice al ave...

Al fin llegaste pajarraco, ahora me llevaré el corazón conmigo, te devuelvo la llave, al menos esta vez a tiempo, la jaula es toda tuya.

Finalista

Jack Elkyon
54 años, La Unión.

Cambio Climático

Un paso. Otro paso. El viaje se hacía difícil. Los esquíes resbalaban y se sumergían en la nieve como si fueran a hundirse para siempre. El viento blanco venía desde el mar a la ciudad. Tomaba velocidad al estrecharse como un embudo entre las montañas que ceñían al congelado Río Valdivia, tapizado por una gruesa capa de hielo, y calaba hasta el tuétano de los huesos al hombre que, inútilmente, había tomado la precaución de abrigarse con varias parcas y dos gorros de lana.

Avanzaba exhausto por la costanera apoyándose en sus bastones, con las manos entumecidas pese a tener guantes, esquivando lo que sobresalía del manto níveo: barandas de fierro, techos de automóviles, árboles truncados. Miraba apesadumbrado el hielo que cubría el Calle Calle y las ruinas de lo que alguna vez había sido un astillero, arrastrando con unas cuerdas atadas a su cuerpo un trineo artesanal con un poco de leña, escuálido hallazgo en una casa de arquitectura alemana.

Se sentó en la nieve. No puedo más, pensó, todo había sido en vano. Moriría ahí congelado. El frío no le permitiría llegar al muelle Schuster. Sin embargo, el recuerdo de su mujer que lo esperaba en el refugio (sus hijos habían muerto de pulmonía hacía unos meses), lo impulsó a hacer un esfuerzo sobrehumano, pues al hombre le sobraba coraje. Se incorporó y no sin dificultad, siguió caminando.

Divisó por fin su destino. Allí aparecieron las herrumbres de la Feria Fluvial y unas cuatro o cinco personas con sus respectivos trineos, cada una con cosas que trocar. Cambiaría su leña por aguardiente murtado, de la época en que aún había murta, fósforos, a lo mejor algunas conservas o, en el mejor de los casos, charqui o carne congelada.

La visión lo hizo acelerar el paso. Estaba a pocos metros del lugar. Llegar significaba satisfacer las necesidades de la pareja por unas semanas. De repente, un terremoto, el piso se desfondó y lo tragó una enorme grieta…
Alguien lo estaba zarandeando. Abrió los ojos. El sol abrasador se colaba por entre las varias capas de cortinas. Estaba desnudo sobre la cama intentando soportar el calor extremo. Vio a su mujer parada al lado con un sombrero de paja y unos bidones de plástico. ¡Levántate, vamos! le dijo, parece que en el antiguo cauce del río Cau Cau brotó un pequeño pozón de agua.

Finalista

El Péndulo

Cristian Arriagada
21 años, Valdivia.

La niebla era tan densa que la mañana parecía no avanzar. Al llegar leí, como siempre que iba, una de las placas en que se explica su funcionamiento. Como siempre, no la entendí. Mi interés por él no tenía relación con el conocimiento, para nada, me gustaba verlo de la misma forma en que entretiene ver unas manos tejiendo, sin más. Prendí un cigarro y estuve unos minutos viéndolo oscilar a través del cristal, divagando sobre asuntos que nada tenían que ver con él.

— ¿Por qué se mueve en esa dirección?

Una voz de mujer me sacó de mi letargo. Volteé y vi su cara esperando una respuesta. Después de vacilar un poco respondí que allí lo decía, señalando la placa. Fue lo mejor que pude haber dicho, evidentemente. Pasó frente a mí y leyó con el ceño fruncido. Supuse que tampoco lo había entendido, pero no quise preguntar y arriesgarme a ser interrogado. Afortunadamente no dijo nada. Se situó a mi lado y vi en su cara como el continuo movimiento la ensimismaba. La esfera pulida devolvía una imagen distorsionada de nuestras figuras inmóviles.

Lo vi a usted anoche en mi sueño, dijo de pronto sin despegar la vista.

Volteé bruscamente para escrutar su rostro, sin escrúpulo, con la libertad que me otorgaba la confesión que acababa de hacerme. No la había visto jamás, sin embargo pareció compadecerme. ¿Me conoce?, pregunté. No, dijo sin mirarme. Hablaba en susurros. En ese momento reparé en que estábamos tan cerca que nuestros codos se encontraban, y la punta de mi codo se volvió más sensible que mi mano.

Lo vi aquí, parado, tal y como está ahora. Después de un momento el péndulo se detenía, sentenció.

Al escuchar la última palabra sentí como si mi piel desnuda entrara en contacto con un metal frío (El péndulo, quizá). Me callé. Sus susurros me sometían. ¿Estaba usted en el sueño?, pregunté con toda seriedad luego de un tiempo. Siempre estamos en nuestros sueños, dijo en un suspiro, como si aquello la condenara. Pensé que yo sí tenía sueños en los que no estaba presente, pero luego de hacer un breve recuento no encontré ninguno. ¿Qué pasa si el péndulo se detiene?, dije con cuidado, intuyendo la respuesta. Abrió la boca pero la vi arrepentirse. En lugar de responder miró largamente el horizonte deformado por la niebla. Me pareció que lloraba. Miré también. Para cuando volteé ella se alejaba en dirección a la calle. No me moví. El semáforo cambió de luz y en el momento antes de cruzar se giró para mirarme. Me llevé mecánicamente el cigarro hasta la boca. Se había apagado y el péndulo se detenía.

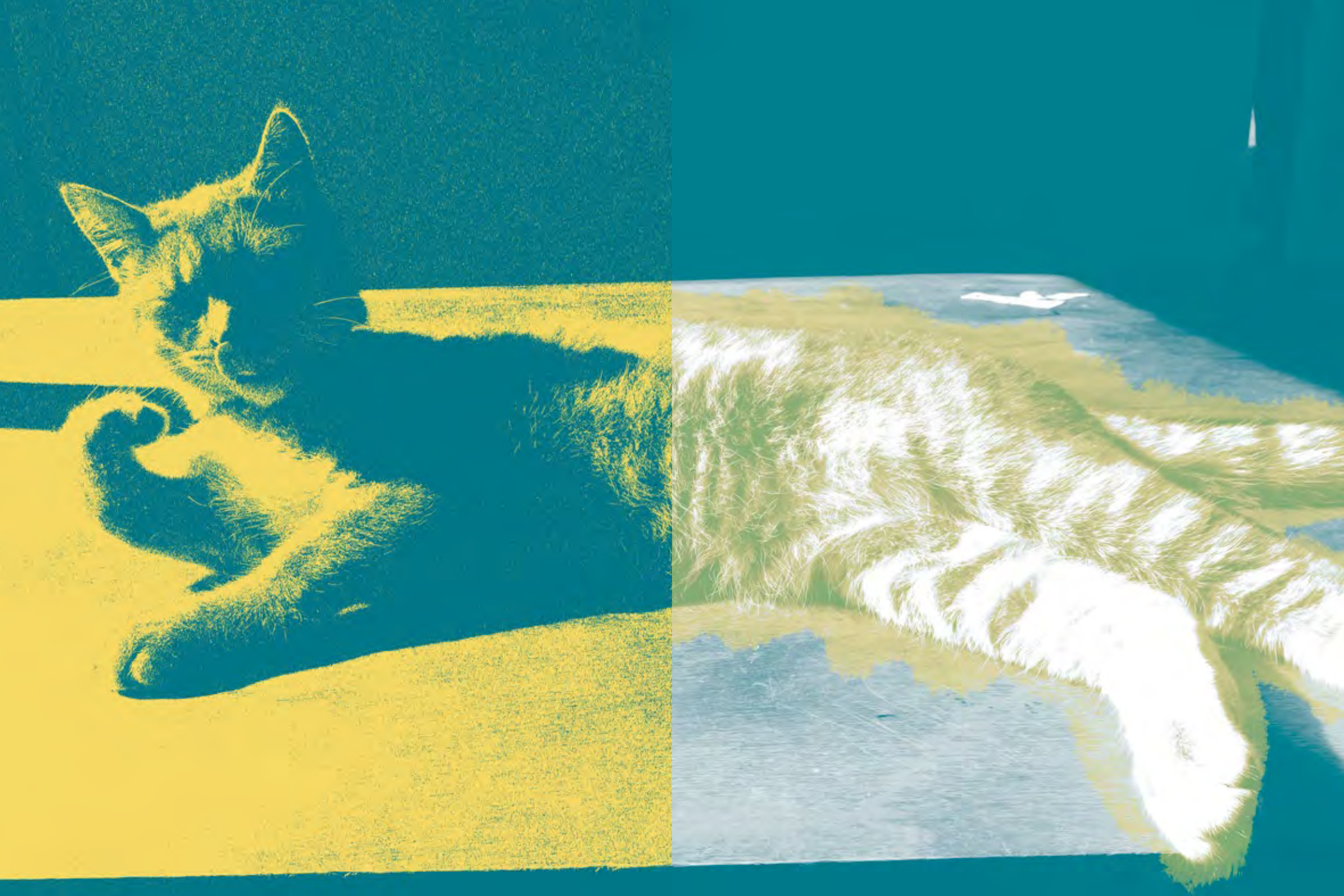
Finalista

Carolina Carrillo
16 años, Valdivia.

La Venganza

Y piso estos lugares una vez más, estoy en Valdivia. Puedo sentir traspasar mis suelas el asfalto renovado de una ciudad donde no existen las piedras que yo recordaba a cada paso que daba, esas estrepitosas que se metían por entre el cuero roto y molestaban a mi pie hasta que llegaba a nuestra casa, ubicada en la bajada del campamento "Los Jazmines". Ahí, en una de esas ventanillas, a lo lejos, estabas tú, con tu larga cola trenzada y sutileza de bordar cada paño, cada ropa de nuestros niños eran obra de tus adorables manos. Te admiraba como un niño que cree que su padre es un súper héroe, como se admira a las Fuerzas Especiales cuando se es ignorante, y es que fue tanto que me perdí entre las ramas que mi cabeza se enredó en ellas, se unió al tallo, fue parte de sus raíces y no florecí, solo me convertí en la aparición continua de miles de espinas crucificando mi ser, ensangrentando mis manos y terminando con mi querer.

De nuevo nos encontramos amada mía, dueña de mis delirios más oscuros. Esta vez solo te despedacé en la máxima desesperación. Apresura, huye mujer, ya no es la dulzura de adolescentes, ahora solo razono en mi fetiche de hombre puro, solo quiero palpar el grosor de tu piel por entre mis dedos, exprimirte, hasta que ya no quede más de ti. Calma cariño, tus hijos aguardarán por ti.



Los Libros del Gato Caulle

En Valdivia no llueve.

El único requisito para participar de este concurso de relatos referidos a Valdivia fue NO mencionar la palabra "lluvia" ni ninguno de sus sinónimos ¿Por qué? Solamente como juego, como pie forzado, pues en la ciudad de Chile donde más llueve es casi imposible no encontrar, en cualquiera de sus manifestaciones artísticas, el uso -o abuso- de dicha palabra.

Selección de relatos. Convocatoria 2017